

AL MARGEN DE LOS LIBROS

CALDERON DE LA BARCA, por Eugenio Frutos Cortés, (Barcelona, 1949).—EUGENIO NOEL, por Pedro Caba, (Valencia, 1949).

La copiosa bibliografía de Calderón se ha enriquecido con el docto estudio que nuestro colaborador D. Eugenio Frutos acaba de dar a la estampa. Grande es el afecto que sentimos por este relevante escritor, cuyo saber es parigual a su modestia, pero vaya por delante que tal estima no ha tenido parte alguna en la elaboración de este juicio.

Con su amplia preparación cultural, sus conocimientos filosóficos, la agudeza de su ingenio y su calidad de poeta, el Sr. Frutos estaba muy bien pertrechado para emprender la tarea que con tanto éxito ha sabido culminar. No tenemos la menor duda de que la crítica sabia recibirá con júbilo este erudito trabajo y que no regateará al autor las más encendidas alabanzas. Como contrerráneo que es nuestro, estamos orgullosos de tan brillante testimonio de su actividad intelectual, y nos apresuramos a declararlo así.

Lope y Calderón se enseñorearon de la escena en su tiempo, sobrevivieron con iguales destellos gloriosos en la memoria de los hombres, traspusieron nuestras fronteras con semejante vigor expansivo, y siguen atrayendo hoy la curiosidad y el interés de la crítica universal. Coinciden en muchos puntos, difieren en otros, a fuer de robustas individualidades, pero están vivos, palpitantes, en la conciencia estética de todos. El tiempo no los arrumbó, ni la crítica, solicitada de otras actividades creadoras, les dió de lado. Figuras capitales de nuestro teatro clásico, como Cervantes de la novela y Fray Luis de León de la poesía lírica, siguen imponiéndose como sujetos de estudio. Cuando parecía que no podían ofrecer ya materia alguna de exégesis, surgen otros libros que descubren nuevas particularidades o ahondan en el análisis de las ya conocidas y estudiadas. Pero, naturalmente, esta abundancia de interpretaciones, de juicios, de comentarios, origina una dificultad casi insuperable. ¿Cómo sobrepasar os valores auténticos que se han ido forjando en el estudio de estos príncipes de la literatura? Aventurarse en un trabajo así para no alcanzar la meta del éxito; repetir sin una sola aportación propia cuanto se ha dicho sobre tal o cual autor; no traer al acervo bibliográfico algún atisbo, apreciación o simplemente matiz que lo enriquezca y abrigante, es tarea en verdad poco recomendable.

Como veremos ahora, no ha ocurrido esto con el estudio que el Sr. Frutos ha dedicado al autor de *La vida es sueño* y de *El Alcalde de Zalamea*.

Consta este trabajo de 136 páginas; aparte de las dedicadas a explicar sucintamente el argumento de las obras calderonianas de que se reproducen fragmentos con que nutrir la parte antológica del libro, de los Apéndices al estudio, sobre arte dramático, lenguaje poético e influencia de Calderón, y de la Bibliografía, que comprende estas cuatro secciones: Ediciones utilizadas por el autor; Manuales y obras de conjunto; Estudios generales y monográficos sobre la vida y obra de Calderón; y Algunos estudios sobre el Barroco. Arsenal tan completo y bien elegido es un elevado exponente de la sólida preparación con que el Catedrático de Filosofía del Instituto de Goya, de Zaragoza, ha emprendido este dilecto quehacer.

Comienza el libro, como es lógico, con un breve estudio sobre Calderón. El autor ilustra a los lectores respecto de los acontecimientos más notables de la vida del insigne dramaturgo. Esta parte es más bien enumerativa. Imperativos de espacio impuestos por el plan general de la obra, que hubo de ajustarse seguramente a límites señalados por la casa editora, obligan a nuestro distinguido colaborador a no espaciar los hechos biográficos con glosas o juicios a ellos atinentes. Dicha parte abarca estos tres extremos: Sobriedad de la vida, abundancia de la obra y significación de Calderón. A seguido el Sr. Frutos aborda el estudio del estilo y pensamiento calderonianos. Este segundo capítulo es, en nuestra modesta opinión, el mejor de todos; el que pone más de resalto el fino sentido crítico del Sr. Frutos y, cuando busca el entronque metafísico de las ideas de Calderón, su conocimiento de la filosofía.

En el tercer capítulo, la voz del Sr. Frutos si no enmudece, se apaga quizá demasiado entre la multitud de citas—no faltan tampoco en el capítulo anterior—aportadas como apostilla o glosa de determinadas particularidades calderonianas. No es esto un reproche. El aducir en apoyo o ilustración de tales o cuales puntos de vista, opiniones ajenas subidamente caracterizadas por su valor crítico, es una práctica a todas luces lícita. Pero si al autor se le reconoce autoridad suficiente para discurrir por su cuenta, sin que sus juicios desmerecieran en el concierto universal de la crítica literaria, ¿por qué servirse con exceso de andadores?

Por cierto, que echamos de menos en esas citas el nombre de Menéndez y Pelayo—con quien habremos de tropezar forzosamente en esta clase de estudios críticos sobre figuras de nuestro Siglo de Oro—y en cambio quizá se conceda espacio excesivo al Sr. Valbuena. Es verdad que a Menéndez y Pelayo se le incluye en la Bibliografía, como autor del estudio intitulado *Calderón y su teatro*. Pero dada la importancia de este trabajo y el mérito que universalmente se le atribuye, quizá sea demasiada, respecto de él, la parquedad del Sr. Frutos.

La complacencia con que nuestro ilustre colaborador se inclina ante el Barroco, es causa de que se pasen por alto en el libro que comentamos los defectos de Calderón, las excesivas concesiones que hizo al mal gusto de la época: en una palabra, al gongorismo y al conceptismo. Respetamos el punto de vista del Sr. Frutos, pero sin el menor afán de entrar en polémica sobre esta cuestión ya tan debatida, no lo compartimos. Creemos que Calderón como Lope y como Quevedo, por no prolijearnos en las citas, fueron muy grandes literariamente considerados, no por sus concomitancias con tales extravíos del gusto, sino a pesar de ellas. De los que fueron simplemente culturanos y conceptistas, como Trillo de Figueroa, Paravicino, Alonso de Ledesma, el autor de *Conceptos espirituales*, y Alonso de Bonilla, con su *Nuevo jardín de flores divinas*, ¿quiénes se acuerdan hoy? Ni de *Alexandra* del poeta griego Licofrón, precedente literario de uno de estos ismos?

Terminada la lectura de tan erudito estudio no podemos eludir este juicio: el carácter o calidad del profesor impera sobre el carácter o calidad del literato, aun siendo éstos de tan subidos quilates. La disciplina didáctica—sistematización, esquematización, clasificación y demás elementos propios de la enseñanza—está bien patente en las doctas páginas de la obra que venimos glosando. Tal singularidad puede ser que contribuya a dar a ratos un tono excesivamente severo y magistral al trabajo, que quizá habría ganado en ingravidez y garbo literario si el autor hubiera dado una mayor libertad al juego de sus facultades intelectivas y afectivas.

Tampoco habría estado demás en trabajo como éste, tan completo y juicioso, y el no haber tocado tal extremo habrá por fuerza que achacarlo a dificultades de espacio, comparar a Calderón con sus predecesores inmediatos como Lope, Guillén de Castro, Mira de Amescua, Tirso y Alarcón y con sus coetáneos Rojas Zorrilla y Moreto. Indicar semejanzas y diferencias y valorar en definitiva la figura de Calderón, tras de contrastarla con estos ingenios de nuestra dramática. Si como rasgo erudito está muy en su punto señalar, como lo hace en uno de sus Apéndices, la influencia del autor de *El Mágico prodigioso* y *La devoción de la Cruz*, en las letras extranjeras, enfrentarle con sus predecesores y coetáneos para hallar lo que pudiéramos llamar, si se nos permite, «la media de su valoración estética», no hubiera sido ocioso ni extemporáneo. Paralelos entre este prócer de nuestra dramática y otros de allende las fronteras, del teatro clásico universal, recordamos uno:—*Calderón y Shakespeare*—, debido a la pluma de D. Manuel de la Revilla, crítico quizá injustamente olvidado, que también dedicó unas páginas, hoy poco conocidas, a *El Mágico prodigioso* (1).

Nada se aventura al decir que auguramos al libro del Sr. Frutos un éxito de crítica y de público. Las observaciones que hemos hecho no restan valor alguno a su trabajo. El *Calderón de la Barca* de nuestro agudo crítico e inspirado poeta, satisfará, a no dudarlo, las exigencias más depuradas, y diputará a su autor el alto concepto, la legítima estimación en que nosotros le tenemos. Nos complace proclamarlo así. El Sr. Frutos está llamado por su saber, por su claro discernimiento, por su inspiración poética, cuando cambia su pluma de crítico y pensador por la de poeta lírico, a ocupar sitio muy preferente en el ámbito de las letras nacionales.

(1) *El Mágico Prodigioso*, de Calderón y el *Fausto*, de Goethe. Publicóse primeramente en *La Ilustración Española y Americana* y con algunas modificaciones en el texto en las *Obras de D. Manuel de la Revilla*. (Madrid, 1863). Pág. 325 y sigs.

Réstanos por último señalar la pulcra impresión de la obra, lo manejable de su tamaño, la presentación externa y cuantos demás elementos gráficos concurren a hermostrar estas ediciones.

HACE treinta y tantos años, siendo el autor de estas líneas miembro de la Directiva de La Concordia, Eugenio Noel dió una conferencia en el salón del Círculo. De entonces databa nuestra amistad con este paladín de la cultura hispánica. Parece como si lo estuviéramos viendo. Traje de pana; cierto aire de andarín o explorador, Melenudo, con unos ligeros ricillos en la frente. El ancho rostro recordaba en cierto modo el de Balzac. Un bigote tupido por el centro y terminado en ahiladas puntas. La mirada un poco soñadora, pero sin dejar por eso de ser viva y expresiva. El cuerpo más grueso que delgado y en los pies unos fuertes borceguíes de trotamundos.

Anunciaba conferencias debeladoras del arte taurino, pero después hablaba de cualquier cosa menos de toros. Era un gracioso ardid para convocar el mayor número posible de oyentes. Conocía la debilidad nacional por los astados y los toreros y suponía que un tema taurino atraería más público que una disertación sobre el Quijote o Velázquez. Su palabra era vigorosa, plástica, fulgurante a ratos. Se le oía con singular atención. Como el ideal que la movía nutrías de anhelos palingenésicos, de reconstrucción nacional, procedentes en parte de la ideología del 98 y en otra de tendencias nativas, el discurso tenía muchas veces la apariencia de un ariete formidable.

Noel fué un inadaptado, como suelen serlo las individualidades poderosas cuyo carácter y temperamento se avienen mal con las exigencias y convencionalismos de la vida de relación. Sin embargo, aun reconociendo el valor intrínseco de esta figura literaria, traída hoy de nuevo a la actualidad por la pluma amena, sugestiva del señor Caba, creemos sinceramente que el prologuista del libro, D. José Francés, hiperboliza demasiado al decir así: «Da risa oír y leer repetidas alabanzas a ciertos santones que se quieren presentar como exponentes del genio español, si se cotejan sus escritos o su oratoria de pedante tartajoso con los escritos y conferencias de Eugenio Noel. Acaso únicamente don Miguel de Unamuno—otro inadaptado, pero *aquel* con una fuerte capacidad administrativa de sí mismo—podría ser ofrecido en pareja a Eugenio Noel».

Nuestro paisano D. Pedro Caba aborda con este libro un género más: la biografía. Género tan mimado y del gusto de los lectores de hoy. Poeta, crítico, pensador, novelista y biógrafo. Y en todas estas modalidades de su actividad espiritual, va de acierto en acierto, de triunfo en triunfo. Proclamarlo así es justicia.

En posesión el Sr. Caba del *Diario* de Noel y de sus papeles y escritos, autógrafos e inéditos, ha compuesto una novela de la vida de este «hombre intenso»—según reza en la portada—dividiéndola en lo que a este primer volumen se refiere, en ocho interesantes capítulos: la infancia, la pubertad, la vida nueva, en el Seminario, la adolescencia y crisis, la iniciación y la pubertad, el idealismo juvenil y la bohemia. La maestría con que el Sr. Caba desenvuelve cada una de estas etapas y aspectos de la vida de Noel cautiva de tal modo la curiosidad del lector, que éste, una vez emprendida la lectura, no abandona el libro hasta concluirlo.

La prosa del Sr. Caba, aunque con algunas concesiones a la moda estilística actual un poco apartada de los buenos modelos literarios, fluye suelta y armoniosa, llena de aciertos plásticos y pictóricos y muy rica en imágenes y tropos que impresionan vivamente al lector. Con este poderoso instrumento y la consiguiente habilidad de biógrafo para destacar los hechos de más relieve e interpolar en el relato frases y trozos del propio *Diario* del biografiado, podía darse por descontada la consecución del fin propuesto.

La batalla entre las infantiles huestes acaudilladas por Eugenio y Atanasio el magnífico, el héroe de la calle de los Tres Peces, y algunos juicios, rebosantes de fuerza sarcástica, que Noel hiciera respecto de ciertos coetáneos y camaradas suyos en la república de las letras, dan a la lectura, no solamente un sabroso gusto epistémico y anecdótico, sino amena variedad, que la hace más sugestiva y atrayente.

P. ROMERO MENDOZA

BIBLIOGRAFIA

RECORDATORIO HISTORICO DE MENENDEZ Y PELAYO, por *Ricardo Becerro de Bengoa*. (Cáceres, 1944).

«En la recopilación de estas ideas de Menéndez y Pelayo—dice el autor de este folleto en folio—tuvimos presente un hecho que no escapa a la más superficial observación: la inquietud psíquica de hoy, que hace casi imposible fijar la atención de las Gentes sobre una exposición que abarque algo más que las páginas de un diario. Y de otro, hacer trabajo de divulgación; es decir, trabajo pro Cultura Histórica Popular, no de detalle miniaturesco, cuya hinchazón desmedida por eruditos maniáticos ha conducido a una sobrevaloración de nimiedades secundarias en perjuicio de lo principal, desfigurando completamente las líneas generales de la evolución histórica y contribuyendo al descarrío histórico del Pueblo, el cual ha llegado a perder la Conciencia de algo tan esencial como es *lo Español*».

FIGURAS EXTREMEÑAS: DOÑA MARIA LA BRAVA, por *Domingo Sánchez Loro*. (Cáceres, Diciembre 1947).

Con un plausible propósito de divulgación histórica, el autor de este Suplemento refiere en él el hecho insigne por el cual D.^a María de Monroy pasó a la posteridad con el sobrenombre de *Brava*.

APUNTES DE BIBLIOGRAFIA EXTREMEÑA, por *Domingo Sánchez Loro*. (Cáceres, Enero 1948).

«Los pilares fundamentales de todo quehacer elevado—dice el autor de este trabajo—son el conocimiento y el entusiasmo. Sobre estas bases, la Asociación de Amigos de Guadalupe ha puesto el vértice de su tarea en el conocimiento y entusiasmo de los valores transcendentales—y, por ellos, decisivos en el destino del mundo—que representa esta hidalga Extremadura, hito culminante en el cenit de la plenitud hispana».

Para el logro de tal propósito, el Sr. Sánchez Loro ha emprendido esta meritisima tarea. Los «Apuntes de Bibliografía Extremeña» se publicarán en tres folletos: El primero será un catálogo de obras sobre Extremadura por índice alfabético de autores; el segundo estará distribuido por materias y el tercero será un catálogo de obras escritas por extremeños en todas las ramas del saber humano.

MAS ALLA. (Cáceres, 15 de Mayo de 1949).

Este portavoz de la Delegación provincial del Frente de Juventudes publica en el número citado, entre otros interesantes trabajos, los siguientes: *Permanente Independencia* (Editorial), ilustrado con el famoso cuadro de Goya «Fusilamientos del 3 de Mayo»; *Independencia*, por Belomasan; *Concepto sobre una revolución*, de José Ramón Alonso; *Ha pasado San Jorge*, de Diego Avila; *Hacia un concepto de Hispanidad*, de nuestro colaborador Santos Sánchez-Marín; *El día de la Canción* (poesía), por J. Ramos Aparicio; *Primavera*, de Celestino Castelao Durán; *Al son de una Canción*, de G. de César Torres; *Claridad*, por Jesús Frago del Toro, y varios artículos informativos.

P. R. M.